

combinada al hombre que había inutilizado sus vastas combinaciones, al hombre á quien en su cólera calificaba de inepto, de cobarde, y hasta de traidor. Y solo puede explicarse por la conducta del ministro Decrés, que, compañero y amigo de Villeneuve, ni al emperador le descubría lo que podría irri-
tarse más, ni al almirante le revelaba sino á medias las pala-
bras aceros y los términos duros con que el emperador cen-
suraba su conducta. De modo que en la permanencia de Villeneuve al frente de la escuadra, y en los desastres que de
ello se siguieron, toca sin duda una gran parte de responsabi-
lidad al ministro de Marina Decrés.

Ann quería Napoleon, ya que su plan favorito se había malogrado, que la escuadra aliada de Cádiz, uniéndose á la de Cartagena que mandaba el entendido español Salcedo, y que podía dominar por algun tiempo el Mediterráneo, se trasladase á Tarento, se apoderase de los cruceros ingleses que se hallaban en el apostadero de Nápoles, y socorriese con cuatro mil soldados al general Saint-Cyr. Pero otro día, vol-
viéndose á Decrés: «Probablemente, le dijo, será tan cobarde vuestro amigo Villeneuve que no saldrá de Cádiz, y así dispo-
ne que el almirante Rosilly tome el mando de la escuadra si cuando llegue no ha salido aun, y que Villeneuve venga á Paris á darme cuenta de su conducta.» Todavía despues de
esto se contentó Decrés con anunciar á su amigo la salida de Rosilly, pero sin atreverse á revelarle toda su desgracia, en la
esperanza de que saldría de todos modos antes que aquel lle-
gase. Mas no era Villeneuve tan escaso de compresion que
reservase para sí solo las cartas del ministro: se dejaba
ver y leer á Rosilly, y así supo que Rosilly se hallaba ya en
Madriz, y Rosilly, al enterarse, el hombre apocado, el hombre
timido, se animó de repente animado del valor de la deses-
peracion, y al extremo de la temeridad irreflexiva,
se precipitó á la acción de cobarde entregándose á un acto
que debió haberle quedado una catástrofe cierta. He
aquí una de las causas de la anterior indisciplina
de Villeneuve, y de la desconfianza y temeraria
impunidad de Rosilly: de la conducta de las naciones, y á
veces sus principios, pero que de su desatentado
comportamiento ninguna culpa alcanza á los españoles (1).

Quisieramos dar la razon de estas palabras, cuya verdad veremos en el resto de la narración.
En su Historia del Consulado y del Imperio, no siempre es imparcial el gobierno y la nacion española y nunca indulgente con ella.
A quien por lo mismo hemos tenido que rectificar ya en el primer tomo. El emperador, ha estado evidentemente apasionado é injusto en el
estado de nuestra armada y la conducta de nuestros
comandantes que se encargó de la escuadra española á la
vez de haberse encargado de Trafalgar, atribuyén-
doles una conducta que en realidad se cometió en la batalla de la Martinica,
y en la sangrienta batalla de los Hornos.

Decidido pues Villeneuve á desafiar la fuerza aliada un día recobrabá el crédito perdido en muchos puntos de la escuadra y tomó todas sus disposiciones para combatir. Componiase la fuerza aliada de treinta y tres buques, diez y seis fragatas y dos briks. De ella hizo una escuadra de vanguardia mandando el de vanguardia el español Alava, al mando de Dumanoir, y quedándose él con el mando de la fuerza principal otra al mando de Gravina, compuesta de diez y seis buques, dos en dos divisiones, de las cuales confió el mando de la escuadra de reserva almirante Magon. Constaba la escuadra de los buques ó menos de igual número de buques, pero mas con ventaja con las ventajas que entonces llevaba á todas las escuadras aliadas: y si bien el almirante inglés calculó que era inferior á la fuerza naval enemiga, tomó tales disposiciones que se ganaron despues, cuando se vió la precision de sus movimientos. Espoleado pues Villeneuve, como hemos dicho, para no de hallarse ya en Madríz el almirante Rosilly, no se atrevió á sustituirle, se arrojó á aventurar la batalla, por parte de la aprobación de los jefes españoles, que con excepción de un consejo manifestaron su dictamen contrario á la salida de la escuadra, dando las razones y mostrando los inconvenientes que en ello veían (2).

A pesar de todo, el 19 de octubre dió orden Villeneuve hacerse á la vela. El 20 descubrió la escuadra aliada, que se le presentó, que creyó tambien inferior en fuerzas, pero que tomó las mas acertadas precauciones de Nelson habia sido muy cuidadosamente el número de sus navios. Dispuso Villeneuve aquella noche el orden de batalla para el siguiente día, reservando la escuadra de reserva á las órdenes de Gravina, mandando pendiente de la principal para poder acudir donde se necesitara; posición hábil, escogida por el inteligente Gravina, y la mas á propósito para maniobrar con ventaja: así lo enseñó el entendido contra-almirante Magon. Pero Villeneuve, al obedecer el dictamen y con repugnancia de los dos ilustrados, ordenó que la reserva se pusiera inmediatamente en marcha, falta grave, contra la cual protestaron aquellos señores, que vino á ser una de las causas principales del desastre. La escuadra inglesa, en dos columnas, avanzaba, y con viento en popa, amenazando la retaguardia y en consecuencia aliados. Villeneuve quiso socorrer la retaguardia, pero no se supuso la lucha, mandando que todos los buques virasen de maroma, dando cada uno la vuelta que le correspondiera para que no se continuase siendo larga y recta, y para que fueran todos de repente de posición, sin que se produjeran regularidades en las distancias, por presionar por los lados, inevitablemente se quedó mal formada, y ya no se pudo conocer el momento de no haber dejado de estar en un estado de inferioridad.

Respecto á la organización del combate al comenzar que ha quedado un tanto oscuro, vamos á dar los datos para conocerlo. Al comen-
zar el combate, la escuadra de reserva, que iba al mando de Gravina, se puso en marcha, dando cada uno la vuelta que le correspondiera para que no se continuase siendo larga y recta, y para que fueran todos de repente de posición, sin que se produjeran regularidades en las distancias, por presionar por los lados, inevitablemente se quedó mal formada, y ya no se pudo conocer el momento de no haber dejado de estar en un estado de inferioridad.
Respecto á la organización del combate al comenzar que ha quedado un tanto oscuro, vamos á dar los datos para conocerlo. Al comen-
zar el combate, la escuadra de reserva, que iba al mando de Gravina, se puso en marcha, dando cada uno la vuelta que le correspondiera para que no se continuase siendo larga y recta, y para que fueran todos de repente de posición, sin que se produjeran regularidades en las distancias, por presionar por los lados, inevitablemente se quedó mal formada, y ya no se pudo conocer el momento de no haber dejado de estar en un estado de inferioridad.



M. Pujados Lit. Mautner y Simon, Edit.

RECUERDO DE TRAFALGAR.

1. Navio RAYO - 2. Bandera insignia que llevaba el General Gravina á bordo del Navio PRINCIPE DE ASTURIAS - 3. Navio SANTA ANA
(Copias sacadas en el Museo Naval.)

instrucciones del general en jefe. La primera columna la regia en persona Nelson.... La segunda, al mando del almirante Collingwood, se adelantaba formando cabeza el *Royal Sovereign*.... «Corte V., le dijo Nelson, la retaguardia por el undécimo navío.» Y luego recogióse un poco, mandó hacer aquella célebre señal, que electrizó la escuadra, y se hizo después tan famosa: *La Inglaterra espera que cada uno hará su deber*. La hora suprema había llegado. Conforme a su plan de ataque se adelanta Nelson para cortar la línea por la popa del *Santísima Trinidad* y la proa del *Bucentaure*. Pero el general Cisneros mandó meter en facha las gaviotas del *Trinidad*, y se estrechó de tal modo con el *Bucentaure*, que Nelson desistió de su empeño, habiendo perdido mucha gente y quedando muy maltratado el *Victory* por el terrible fuego que tuvo que sufrir. Mas luego atacaron a un tiempo el *Victory* y el *Téméraire*, ambos de tres puentes, al *Redoubtable*, el cual tuvo que dejar paso al enemigo por la popa del *Bucentaure*, por donde penetró la mitad de la escuadra que mandaba Nelson y atacó a los navíos del centro: la otra mitad, amenazando la vanguardia y figurando maniobrar para que la tuviesen en respeto, cayó luego sobre el centro mismo.... El *Trinidad* y el *Bucentaure* recibieron intrépidamente la terrible arremetida de los ingleses; allí se trabó encarnizada pelea, batiéndose aquellos dos navíos contra fuerzas muy superiores. En esta lucha una bala del *Redoubtable* alcanzó a Nelson en el hombro izquierdo, le atravesó el pecho y se fijó en la espina dorsal.... Una tregua siguió a este suceso que privaba a Inglaterra de su primer almirante.... mas luego volvió a trabarse el combate con mayor furia.... En socorro del *Trinidad* acudió el brigadier comandante del *Neptuno*, don Cayetano Valdés; y también acudieron a este punto de la línea el *San Agustín*, y los franceses *Héros* é *Intrépide*; pero el *Trinidad* tiene que sucumbir tras del *Bucentaure*, que arria bandera, después de una defensa gloriosa.»

Describe luego de este modo el escritor a quien seguimos el combate que sostenían el *Santa Ana*, el *Fougueux* y el *Monarca* con la columna de Collingwood que montaba el *Royal Sovereign*, navío de tres puentes sumamente velero (1). «Entonces se trabó entre el *Royal Sovereign* y el *Santa Ana* la mas horrible lucha, barloados los dos navíos uno a otro tan cerca que las velas bajas se tocaban. El general Alava, que conocía que Collingwood quería pasar a sotavento, puso toda su gente a estribor, y tal era el estrago que hacia la artillería del *Santa Ana* y el peso de sus proyectiles, que su primera andanada hizo escorar el *Royal Sovereign* sobre la banda opuesta hasta descubrir dos tablones. De esta refriega salieron los dos navíos enteramente destrozados. El *Santa Ana* sostuvo el combate del modo mas valiente, esperando ser socorrido. La lucha con el *Royal Sovereign* es desesperada; cae gravemente herido el general Alava; cae Gardoqui, su digno capitán de bandera; la arboladura del *Santa Ana* está destrozada; diezmada su tripulación; en esa lucha cuerpo a cuerpo queda el navío inglés tan maltratado como su contrario; inmóvil y sin poder ya gobernar Collingwood, tiene que abandonar su hermoso navío desmantelado, y sostenido por su división se ve precisado a pasar a la fragata *Euryalus* en medio del combate.»

Pinta la terrible pelea que en otro punto sostenía el *Príncipe de Asturias* guiado por Gravina por espacio de cuatro horas contra tres ó cuatro navíos enemigos, y continúa: «En ese círculo de fuego y de humo, en medio de estragos espantosos, cuando la muerte acaba con la mayor parte de la tripulación, cae el general Gravina gravemente herido de un casco de metralla en el brazo izquierdo; cae su digno mayor general

(1) Del carácter y de la serenidad de este almirante da una idea lo siguiente, que se lee en sus Memorias y lo refiere también Marliani. La mañana del combate se vistió con mucho esmero, y le dijo al oficial de su predilección: «Clavell, quítate V. las botas; es mucho mejor llevar medias de seda como yo, pues si recibimos alguna herida en las piernas, daremos menos que hacer a los cirujanos.» Luego visitó todos los puestos, corrió las baterías, animó su gente dirigiéndoles la palabra para que cada uno cumpliera con su deber, y reuniendo todos sus oficiales: «Señores, les dijo, ahora es preciso que hoy hagamos algo de que el mundo pueda hablar mucho tiempo.»

Escaño, mas no cae su insignia. Allí ondea para que los buques españoles sepan que el general en jefe español no ha tenido la mala suerte del almirante Villeneuve, y que hay un centro español a donde reunirse. Mas el *San Ildefonso*, destrozado, ha tenido que arriar su bandera, herido su bizarro comandante Vargas; y el *Príncipe de Asturias*, que un momento antes en un claro había visto al *Argonauta* sin bandera, había maniobrado para socorrerle; viéndole solo contra tantas fuerzas, orzó para ponerle en salvo; acuden en su apoyo el *San Justo*, *Neptuno* y otros; lo remolca la fragata *Themis*, francesa. Un poco libre, y viendo la batalla perdida, en lo que le queda de arboladura pone la señal de retirada, y se le unen el *Pluton*, el *Neptuno*, el *Argonauta*, el *Indomptable*, el *San Leandro*, el *San Justo* y el *Montañés*, y todos, bien seguros de haber cumplido con heroísmo los deberes del honor, se retiran hacia Cádiz. El *Bahama* y el *San Juan*, menos afortunados, quedaban en manos del enemigo; mas su gloria era igual, y mayores sus sacrificios. ¡Allí morían Galiano y Churrua, como habían muerto Alcedo y tantos mas!»

El navío francés *Achille* había peleado también heroicamente al lado del *Príncipe de Asturias*. Hecho presa de las llamas, muerto su valiente comandante Newport y la mayor parte de sus oficiales, hasta recaer el mando del navío en un alférez, los pocos que quedaban no quisieron embarcarse, y se volaron con el navío. La escuadra francesa había perdido ya sus mas valerosos jefes, el contra-almirante Magon, y los primeros capitanes de navío. «Villeneuve había sido en el combate un modelo de serenidad y de valor; todos los buques de su escuadra habían imitado el denuedo de su almirante. Solo la división de vanguardia, a las órdenes del contra-almirante Dumanoir, proyectaba una sombra sobre ese cuadro glorioso... Los cinco navíos que gobernaron sobre el *Bucentaure* tomaron una derrota mas corta que la indicada por el *Formidable*, y llegaron a tiempo de mezclar su sangre con la de los valientes en cuyo socorro iban, aunque tarde para salvarlos. El *Neptuno*, que mandaba el intrépido don Cayetano Valdés, se separó muy luego de los cuatro navíos franceses para acudir al fuego.... Allí trabó Valdés una terrible lucha contra cuatro navíos ingleses que se dirigían a doblar el *Trinidad* y el *Bucentaure*. Tanto heroísmo no salvó al *Neptuno*: acerbillado, desarbolado, el impertérrito Valdés, gravemente herido, hubo de saber que su navío había arriado bandera; el temporal que sobrevino salvó al *Neptuno* de manos de sus enemigos, mas fué para estrellarse en las peñas del castillo de Santa Catalina en la costa del Puerto de Santa María.

»En el turbión de esa horrible lucha, entre los ayes de tantas nobles víctimas, yacia también Nelson espirante en su lecho de agonía: de minuto en minuto se le daba cuenta del combate. «Soy hombre muerto, decía al capitán Hardy: la vida »se me acaba....» Y este grande hombre, en ese momento supremo, tuvo la debilidad de recomendar que, muerto, se le cortase un rizo de su pelo para la indigna mujer mengua de su gloria. ¡Deplorable contradicción del corazón humano (2)!»

(2) Con razón exclama así el escritor español de quien tomamos estas noticias; pues al entrar en el combate había escrito el célebre marino inglés en su diario la invocación siguiente: «Quiera el Dios Todopoderoso que adoro, otorgar a la Inglaterra, para la salvación de la Europa, una completa y gloriosa victoria. Quiera no permitir que ningún acto de debilidad individual empañe su lustre, y haga que después del combate no haya un inglés que se olvide de los deberes sagrados de la humanidad.— En cuanto a mí, mi vida pertenece al que me la dió; que bendiga mis fuerzas mientras combata por mi patria. Pongo en sus manos mi persona y la justa causa cuya defensa se me ha confiado.—Y al propio tiempo que tan devoto se mostraba, en un codicilo que añadió a su testamento «tuvo la increíble debilidad de recomendar a la gratitud de la Inglaterra la detestable mujer que quería ciegamente y la hija adúltera que de ella tenía. La Inglaterra repudió ese inmoral legado.» En otra parte hemos hablado ya nosotros de la célebre prostituta Emma, que acertó a tener cautivado muchos años a Nelson.

Hé aquí cómo describe el señor Marliani los últimos momentos del insigne almirante. «Cesado el fuego, el capitán Hardy llega hasta el lecho del moribundo; este respiraba. Pudo oír el anuncio que le traía su fiel capitán; pudo dar algunas órdenes; y ya yerta la mitad de su cuerpo se incorporó un poco: «¡Bendito sea Dios! dijo: he cumplido con mi deber.» Cayó sobre el lecho, y un cuarto de hora después espiró. «La Inglaterra